



conversaciones

CONFERENCIA DE ÁLVARO GARCÍA LINERA

Nadie tiene la salida, pero hay que buscarla

Prólogo por Fabian Calderón (UNLaR)

Concebimos los hechos de la vida social, institucional, académica y política como procesos dinámicos, situados, sentí-pensantes y comprometidos con nuestras miradas personales y colectivas. La

presencia y cercanía de nuestra mirada latinoamericana nos permite vivenciar, con profunda alegría y placer, la escucha del pensamiento e ideas de quien admiramos y celebramos: al Dr. Álvaro García Lineras. Allalla!!!

Es admiración al gran docente, pedagogo, investigador, hacedor, intelectual y gestor de políticas en la construcción del bienestar para su pueblo de Bolivia y para la América toda. Su pensamiento anticolonial, anti-imperialistas se vincula en una praxis revolucionaria, el sentir de los pueblos originarios que recuperaron voces y visibilidades de un quehacer institucional.

Recuperar al pueblo boliviano y sus organizaciones campesinas, indígenas, mineras, desde una epistemología situada, es de una gran épica y materialización de una teoría que incomoda al neoliberalismo.

Cuando él afirma, “nadie tiene la salida, pero hay que buscarla” es la provocación más sentida y desafiante de un verdadero hacedor, un revolucionario de las palabras. Invitando a organizarnos como pueblos y colectivos para afrontar lo que el neoliberalismo siempre está dispuesto a quitarnos y entregarlo al mercado.

Desde las ciencias sociales, y específicamente desde el Trabajo Social, reconocemos su gran trayectoria, saberes, reflexiones y prácticas expresadas en su vasta y fecunda producción teórica. Ello nos fortalece en el ejercicio profesional, en una vida con sentido, donde nos constituimos en sujeta/os empoderada/os, dispuesta/os a construir una profesión que acompañe a sujeta/os padecientes, atravesada/os por crisis estructurales y coyunturales. Atravesada/os también por las problemáticas que se originan en la matriz económica social que siempre es restrictiva, que nunca termina de ser una práctica distributiva para el

199

conjunto de la sociedad y que altera la paz social, toda vez que construye discursos y prácticas selectivas desde los aparatos de poder hegemónicos.

Con Álvaro como bandera, nos animamos a pensar en la consolidación de la Patria Grande, en la integración de los pueblos y en el fortalecimiento de un pensamiento y construcción epistémica situada.

Que dialogue con nuestros problemas en nuestra patria federal de hombre y mujeres y colectivos de la diversidades que se animan a desafiar UN ORDEN permanentemente instituido para fragmentar.

Su mirada de gestor en la cuestión pública sintetiza los dolores que aún nos quedan, las vergüenzas de problemas estructurales que son pendientes de resolución, deudas complejas de saldar y que siempre -en su pensamiento y praxis institucional se asoman como respuestas. Se convierten en “Esa utopía que por momentos se nos acerca y a veces se nos aleja drásticamente”.

Su presencia y agudeza de sus análisis lo constituyen en un faro, una llama viva y esperanzadora que congrega una multiplicidad de fueguitos (Galeano, 2000) dispuesto a sumarse a la fogata emancipadora de los pueblos.

Su invitación permanente a sentirnos parte de un socialismo comprometido, desafiante, dispuesto a librar los combates en un mundo capitalista cada vez más individualista, desigual, inequitativo e injusto, para diseñar la construcción del estado Pluricultural.

El “luchar, vencer, caerse y levantarse” funciona en el mundo académico y en los sectores populares, como un claro mensaje didáctico y esperanzador a construir un conocimiento creativo, propio, nuestro, regional imprescindible para quienes amamos y buscamos el bien común de nuestros pueblos, instituciones y universidades pública.

Ahora y siempre, Álvaro Presente.

¿Para qué entonces la vida? - Conferencia de Álvaro García Linera¹

El día de hoy quiero compartirles² unas reflexiones de América Latina, en perspectiva histórica. Es mi modo de agradecer al Rector y a la comunidad universitaria de La Rioja por este honor que me han hecho de otorgarme el Honoris Causa que, como siempre, lo llevo en el corazón y digo que más que

¹ La Conferencia se desarrolla en el marco del acto de entrega del diploma de Doctor Honoris Causa al Dr. Álvaro García Linera, ex vicepresidente del Estado Plurinacional de Bolivia, en el año 2021. Agradecemos especialmente a Álvaro García Linera quien autorizó la transcripción de la conferencia para ser incorporada en nuestra Revista y a Fabián Calderón -en ese momento rector de la UNLaR- por las gestiones y generosidad que nos permitieron hacer posible esta publicación.

El texto que aquí se presenta, expresa la desgrabación textual de la Conferencia, por lo que pueden encontrarse características propias de la oralidad que no siempre es acorde a los consensos propios de la escritura, y menos aún de la escritura académica.

² Las primeras palabras de Álvaro son de agradecimiento a las personas presentes, autoridades e integrantes de organizaciones sociales y políticas locales; así como a la/os artistas que compartieron los primeros momentos del Acto. En estas palabras iniciales, Álvaro señala: “He recibido regalos de compañeros, de compañeras, de las cooperativas y yo decía ¿por qué esto? Y claro la única explicación que me daba es que me hemos dedicado toda la vida y seguiremos dedicando toda la vida para pelear por la gente humilde, y cuando una universidad te da un reconocimiento tan importante como el Honoris Causa, o mis compañeros me invitan su lawa de maíz, o un profesor o un alumno viene y te regala un libro, o Gloria te regala una canción tiene que ser por un único motivo que es que hemos dedicado a la vida a pelear porque la gente humilde, la gente sencilla, la gente pobre, los luchadores, los laburantes del día a día puedan sonreír” (..) Para eso vale la pena vivir, mientras la gente transparente, limpia del alma te ofrece lo que tiene o un plato de comida, o una canción, o un libro, una idea, un título es que el mundo tiene esperanza porque el lado noble de la humanidad siempre va a triunfar aunque cueste al lado perverso, maldito, odiador, que a veces quiere ahogar y asfixiarnos no van a triunfar ellos. Siempre gana la humildad que se va a sobreponer a la soberbia y a la prepotencia.

La historia latinoamericana de los últimos 70 años ha estado marcada por ciclos, oleadas y fases económicas y políticas que han concurrido en una parte del tiempo sincronizadas y articuladas con lo que sucedía en una parte del mundo pero, también, por momentos desacopladas.

un reconocimiento a Álvaro, es un reconocimiento a la gente que alimenta mis palabras y mis ideas, que son las personas que labran la tierra, que forjan con sus manos la artesanía, la producción, la riqueza de las patrias.

La historia latinoamericana de los últimos 70 años ha estado marcada por ciclos, oleadas y fases económicas y políticas que han concurrido en una parte del tiempo sincronizadas y articuladas con lo que sucedía en una parte del mundo pero, también, por momentos desacopladas, anticipando o divergiendo de lo que sucedía a su alrededor. Se trata, ciertamente, de síntomas de un mundo contradictorio y diferenciadamente unificado por la lógica capitalista de la economía y de la vida social. Veamos algunos de los grandes ciclos históricos y a sus Estados –sin remontarnos a más de 100 años, sino a los últimos 50 o 70 años–. Podemos ver un primer ciclo entre los años 40 y los años 70 del siglo XX. Mientras que en el mundo se desarrolló el Estado de Bienestar, el llamado *Welfare-State*, o en los países de Europa del Este el Socialismo de Estado, en América Latina se dio lo que se llamó el Capitalismo de Estado.

En esta fase del Estado de Bienestar, el mundo entró en crisis en los años 70, estancamiento económico, crisis política, crisis social, transición.

En el caso de América Latina, ese mismo período de Capitalismo de Estado tuvo dos fases: la fase nacional popular de los años 40 a los años 60 y, luego, la fase dictatorial de los años 60 a los años 70. En ambos casos vemos similitud –en términos generales– del ciclo económico, pero diferencias en las modalidades de su aplicación. El ciclo dictatorial no se dio en el resto del mundo, si se dio en el caso de América Latina, aunque enmarcado en la lógica del Capitalismo de Estado.

El segundo ciclo reciente es el que se dio entre los años 1980 y el año 2010, es decir, hace 30 años. Se impuso el orden neoliberal globalizado caracterizado por la lógica del libre mercado, globalización, de regularizaciones, privatizaciones de empresas públicas. En caso del mundo, después de su momento de gloria, de esta fase neoliberal globalizada.

A partir del año 2010 al año 2020, el momento del estancamiento mundial, recesión mundial, desglobalización parcial a partir del *Brexit*, de las guerras comerciales entre Estados Unidos y China, de la implementación de un conjunto de proteccionismos arancelarios en Europa frente a productos de China o de América Latina, de Estados Unidos frente a México, de Estados Unidos frente Alemania, de Estados Unidos frente a China. Es decir, se da un establecimiento –en esta segunda fase– de un neoliberalismo de fronteras que ya marcaría la etapa del crepúsculo del neoliberalismo.

Mientras esto pasaba en el mundo, en América Latina también se implementó y se instauró la etapa neoliberal privatizadora. Entre los años 1980 y 1990 surge lo que se llamó el *ajuste estructural* que vino por el lado de

reducción del reconocimiento a los sindicatos, flexibilizaciones laborales, aperturas de los mercados a la inversión externa y desde los años 90 hasta el año 2000, la etapa de las privatizaciones. En el caso de Bolivia, en la primera etapa, se estabilizó la moneda, se derrotó a los sindicatos y, en la segunda etapa, se comenzó a privatizar el petróleo, la minería, las telecomunicaciones, el agua, etc. A partir del año 2005 hasta el año 2015 tiene lugar lo que hemos venido a denominar la etapa post neoliberal.

A partir del año 2015 –hasta ahora–, surge una etapa más compleja mientras que, hacia atrás, había claridad en el modelo dominante y triunfante a nivel mundial y continental. A nivel continental, desde el 2005, la victoria generalizada y expansiva de lo que se denominó la *oleada rosa* del continente con los gobiernos progresistas que llegaron al poder. A partir del año 2015 hasta el 2021 –y seguramente continuará al menos una década–, comienza una etapa más complicada, más compleja de lo que llamamos un *empate catastrófico*. Por una parte, post neoliberalismo con signos de agotamiento de su primera fase pero también un post neoliberalismo con signos de agotamiento en sus primeras reformas estructurales.

De este análisis comparativo entre el mundo y América Latina uno puede sacar unas similitudes y diferencias importantes que ayudan a ubicarse en el porvenir. En términos generales, la primera es que América Latina ha acompañado al mundo en sus grandes ciclos económicos. El libre mercado a fines del siglo XIX y principios del XX, la crisis de los años 30, el Capitalismo de Estado de los años 40 hasta fines de los 70, la crisis en los años 70, neoliberalismo desde los años 80 hasta los años 2000, 2005 y 2010, la crisis del neoliberalismo y la emergencia meramente regional de propuestas neoliberales. Es decir, hay una sincronía entre procesos económicos, continentales con procesos económicos y políticos mundiales. Pero, a la vez, los ciclos económicos mundiales en América Latina en su etapa de ocaso y declive se refugian en el autoritarismo y la violencia. Ésta es una diferencia con lo que pasa en el mundo. En los años 70, el Capitalismo de Estado en su etapa de ocaso se refugió en las dictaduras militares, la violencia, la masacre, la persecución, es decir, la política rabiosa frente a lo popular.

A partir del año 2017 para acá, algo parecido comienza a suceder también en América Latina: un autoritarismo cada vez más des-democratizador, ejemplo Bolsonaro, ejemplo Iván Duque en Colombia y el caso de la señora Añez y Carlos Mesa en Bolivia en el año 2019 y 2020.

¿Qué es lo que podría explicar esta variante autoritaria de los momentos de ocaso de los grandes ciclos económicos mundiales en América Latina? Quizá una sociedad civil mucho más organizada y politizada que tiende a poner en riesgo el poder de las elites, quizás... o también elites pseudodemocráticas que en verdad tienen una mirada instrumental de la democracias y que son

Desde fines de los 70 (...) el neoliberalismo logró fusionar, logró casar su propuesta de libre empresa con su propuesta de democracia.

demócratas en tanto gana elecciones y, luego, se convierten en antidemócratas cuando pierden en las elecciones.

La mulletilla de fraude viene de Trump y, seguramente, se va a repetir en el caso de Brasil y pudiera suceder en otros países, es decir, elites democráticas instrumentalmente.

También pudiera ser que se trate de un continente con una economía con más necesidades, con más requerimientos, con mayores agobios y, por supuesto, de una sociedad con mayores desigualdades que lleva a este tensionamiento y polarización entre la fuerza de lo popular y la fuerza de las oligarquías y de las elites dominantes.

Una tercera característica de este análisis comparativo entre el mundo y América Latina es esta frágil lealtad de las elites empresariales con la democracia que las lleva recurrentemente a escindir libre empresa de democracia.

Desde fines de los 70, principios de los 80, hasta los años 2000, 2005, 2010 el neoliberalismo logró fusionar, logró casar su propuesta de libre empresa con su propuesta de democracia. Pero, a partir de esos años, la escinde y éste cada vez deja de ser un fenómeno menos latinoamericano para convertirse en un fenómeno mundial. La emergencia de Trump y la persistencia de un republicanismo no democrático es una señal de alarma para el mundo entero, pero no solamente en Estados Unidos y América Latina sino también vemos el surgimiento de los neofascismos y de los postfascismos europeos que reclaman mano dura contra los trabajadores, bloqueo a la migración, una recuperación de la lógica de la vida familiar tradicional, del viejo nacionalismo de gran potencia. En fin, vemos un nacimiento europeo de estas tendencias cada vez más autoritarias.

Otra característica es que por la lógica de la velocidad de la compensación espacial del cuerpo capitalista su centro está más protegido que sus extremidades, por lo que en América Latina las crisis son más intensas y sus búsquedas de opciones también más adelantadas.

El neoliberalismo se experimentó, primero, en América Latina, en Chile con la dictadura y, en Argentina, en la transición de la democracia a la dictadura. Luego de los éxitos alcanzados allí se irradia al resto del continente y al mundo. Igualmente, el post neoliberalismo latinoamericano en los años 2000, 2003, 2005 –hasta el año 2015– en su momento de mayor vigencia ha sido vanguardizado por América Latina y son los que han adelantado a nivel mundial el debate en torno a las alternativas al neoliberalismo que hoy se debaten en distintas experiencias más allá del continente: mayor presencia del Estado como productor, emprendedor y empleador, creación estatal de mercados, nacionalizaciones, cadenas de valor regionalizadas, rehabilitación del mercado interno, incrementos salariales que no producen desempleo.

Aquí radica el carácter paradójico del presente: todos saben y perciben que el viejo ciclo neoliberal ha entrado en un largo ocaso, pero nadie sabe con certeza lo que viene después.

Un premio Nobel acaba de ser otorgado justamente a esta hipótesis de que el incremento salarial básico no siempre genera desempleo como se imaginaba anteriormente. Flexibilización cuantitativa, es decir, emisión de dinero de los bancos centrales para dinamizar las economías, etc. Este debate, hoy, es un debate mundial en Estados Unidos con Biden, en Europa con Macron y otros gobiernos que intentan salir de la crisis económica que ya acumula una década. Son temas que fueron avanzados y practicados con experiencias positivas, en el caso latinoamericano, hace 10 o 15 años atrás.

En ese sentido, el continente también tiende adelantarse a cosas que van a suceder en el resto de la humanidad. Pero también así como estamos viendo diferencias hay una similitud en cuanto a un temperamento general de la sociedad, al espíritu de esta época de un contradictorio fin de ciclo mundial neoliberal. No estoy diciendo que no hay neoliberalismo –quizás hasta pueda mantenerse 5 o 10 años más– pero está claro que ya no es su momento de gloria, su momento de optimismo histórico sino su momento de lento, contradictorio y confuso ocaso histórico.

Y en ese momento de transición el mundo entero y el continente viven hoy la sensación de una ruptura del horizonte de previsibilidad colectivo, familiar y personal. Hay una especie de experiencia, una sensación de un tiempo suspendido, sin futuro, contradictorio. Y aquí radica el carácter paradójico del presente: todos saben y perciben que el viejo ciclo neoliberal ha entrado en un largo ocaso, pero nadie sabe con certeza lo que viene después. Nadie sabe –ni puede afirmar con certeza– lo que nos devolverá la certidumbre ante la historia y ante el devenir de nuestras vidas familiares, personales y colectivas. Es decir, nadie puede definir todavía –de manera dominante– un horizonte predictivo de la sociedad para las siguientes décadas. Es un fenómeno mundial, es un fenómeno continental y es un fenómeno nacional. Y es que el ciclo de larga duración del neoliberalismo de 30 o 40 años en su fase descendente se ha montado con un reflujó de la primera corta oleada progresista latinoamericana. Entonces, tenemos el montaje de una ola de larga duración con una ola de pequeña duración lo que genera esta experiencia de estupor colectivo, de vacancia de futuro.

El neoliberalismo sigue vigente pero ya no seduce ni irradia entusiasmo y el progresismo, que cambió el curso de la historia continental de manera favorable para los pueblos y cumplió las metas de su primera fase, aun no logra renovar su nuevo horizonte, una segunda fase capaz de volver a una mayor parte de la sociedad a envolverla y a convocarla con entusiasmo; entonces es un tiempo suspendido, tiempo eliminado.

Veamos ahora cuál ha sido el comportamiento del progresismo latinoamericano en los últimos 10 o 15 años. La primera característica del progresismo es que se ha movido por oleadas, es decir, no es un ciclo que

tiene nacimiento, estabilización, decadencia y se acabó. El progresismo latinoamericano va y viene, va y viene. ¿Cuántas oleadas tendrá? No lo sabemos, pero esa es la lógica del progresismo continental en los últimos 15 años. La primera oleada vino de la mano de Venezuela, Brasil, Argentina, Ecuador, Uruguay, Bolivia, Nicaragua, Paraguay, El Salvador, que acompañó a lo que venía haciendo anteriormente Cuba a su modo. En alguno de estos países a partir del año 2015, 2017, 2018 hay un repliegue, hay un contra oleaje. Y una segunda oleada que viene de la mano de México, de Argentina y de Bolivia nuevamente y del Perú y no sabemos que irá a pasar en los siguientes meses. En Chile con las elecciones en 2 o 3 semanas, en Colombia el siguiente año, en Brasil el siguiente año, pero en todo caso ya es suficiente experiencia para hablar de una segunda oleada del progresismo continental. La primera oleada, la que se movió entre el año 2000 hasta el 2015, fue fruto de grandes movilizaciones e insurrecciones sociales a inicios del siglo 21, fruto de acciones colectivas y plebeyas que reconstituyeron el tejido nacional popular de nuestras sociedades. Una segunda característica de la primera oleada progresista es que tuvo liderazgos carismáticos como corresponde a una situación extraordinaria. Donde hay situaciones extraordinarias, como la emergencia de lo popular a principios de siglo, inevitablemente surgen liderazgos carismáticos. Y fueron liderazgos carismáticos, es decir, que tenían un vínculo emotivo entre líder y pueblo, directo, carnal. Pudo impulsar un conjunto de agendas concretas, dignificación de lo popular, protagonismo económico del Estado, redistribución de la riqueza para mejorar las condiciones de vida de la gente más humilde, la gente trabajadora, de la gente más pobre, reforzamiento del mercado interno sin anular el mercado externo pero dándole fuerza, nuevamente, al mercado interno, a la dinámica de la economía, de la producción local. En algunos casos más radicales, las nacionalizaciones, el continentalismo mediante la creación de UNASUR, de CELAC permitieron, por fin, poder reunirnos entre latinoamericanos para tratar nuestros asuntos sin que haya un padrino, un patrón o un mandón encima de nosotros como sucede con la OEA. Y, en algunos casos, como el caso boliviano, la presencia del gobierno indígena, es decir, de los pueblos mayoritarios de mi patria que durante 500 años nunca habían ejercido el poder y que, a partir de la presencia de Evo Morales, se vuelven presidentes, ministros, gobernadores, diputados, gerentes de empresas. El color de la piel indígena, el apellido indígena y la cultura indígena desborda el Estado y Bolivia, por fin, tiene la huella de lo indígena en nuestra identidad patria. Algunos resultados de esta primera oleada en 2000 a 2015: tasas de crecimiento económico sustentables que se movían entre el 3% y 5% casi durante todo el ciclo –mucho mayores a las tasas de crecimiento del

Los líderes carismáticos surgen en momentos excepcionales y cuando se trata de regularizar la gestión gubernamental. En varios períodos no hemos tenido la capacidad de generar una sustitución fluida de liderazgos.

neoliberalismo-. En el caso de Bolivia las tasas de crecimientos de los tiempos neoliberales del año 85 al 2005 fueron del 2.5%. Con Evo y el gobierno indígena y los movimientos sociales del progresismo las tasas de crecimiento anual boliviano fueron, durante 14 años consecutivos, del 5% al 6% en promedio, 70 millones de personas de América Latina salieron de la pobreza, 10 millones de personas de la extrema pobreza. En América Latina la pobreza pasó del 45% de pobres de América Latina en el 2004 a 28% el año 2014, y de la extrema pobreza del 12% de extremadamente pobres, es decir, personas que solamente comen una vez al día, 12% los latinoamericanos el año 2004 tiempos neoliberales pasó a el 6% el año 2014.

En el caso de Bolivia, uno de los países más pobres del continente, 6 de cada 10 bolivianos eran pobres antes de que entrara Evo, cuando salió Evo del gobierno sólo 3 de cada 10 bolivianos eran pobres, un 30% de bolivianos salieron de la extrema pobreza y entraron al ámbito de ingresos medios.

La desigualdad en el continente, medido en una métrica que usan las Naciones Unidas³, el 0 absolutamente iguales, 1 desiguales absolutos, América estaba en el 0,54-0,55 en el año 2002, para el 2004 había bajado al 0,4. En Bolivia, que era de los países de mayor desigualdad del continente, teníamos 0,64 de desigualdad y el año 2018 bajo a 0,4.

En Bolivia, en el año 2002, el 10% más rico tenía 130 veces más ingresos que el 10% más pobre. En el año 2018 el 10% más rico solo tenía 48 veces más que el más pobre, es decir, se habían achicado esas brechas de diferencia entre ricos y pobres.

En el año 2005, en Bolivia, el salario mensual era de 60 dólares, hoy el salario mínimo es de 303 dólares por mes, es decir, hemos multiplicado casi por 5 veces el salario mínimo permitiendo que nuestra gente, especialmente los humildes y los más pobres, puedan tener un mejor ingreso para sus condiciones de vida.

Uno puede hacer un recuento más largo de la oleada progresista, me quedo con los 70 millones de personas que salen de la pobreza, es decir, papás y mamás que pueden ir a sus casas llevando la comida de la mañana y de la noche para su familia; que es una revolución en la vida cotidiana de la gente más humilde. Sin embargo, todo este proceso de grandes logros sociales también comenzó a mostrar límites en su primera oleada, una primera limitación que enfrentó el progresismo: las dificultades en la sustitución de los liderazgos. Los líderes carismáticos surgen en momentos excepcionales y cuando se trata de regularizar la gestión gubernamental. En varios períodos no hemos tenido la capacidad de generar una sustitución fluida de liderazgos,

³ Se entiende que se refiere al índice de Gini, medida utilizada para medir la desigualdad socio-económica al interior de los países.

Hay siempre un costo político y social de las luchas por la igualdad y todo gobierno progresista tiene que estar atento a eso.

es muy difícil sustituir a un gran líder carismático porque es un líder extraordinario de esos que nacen una vez cada 50 u 80 años.

Una segunda limitación del proceso progresista en su primera fase, en su primera oleada, es lo que podemos denominar una especie de incompreensión de parte de las autoridades, de los propios cambios que hemos producido en el primer gran ciclo. El primer gran ciclo progresista ha modificado la estructura social, ha modificado la estructura de clases de una sociedad al hacer que los de abajo, suban. Y, al hacer que los de abajo suban, 30% de los bolivianos han pasado de una década de ingresos bajos a ingresos medios del 30%, es decir, se ha modificado las perspectiva de las vidas de esas personas y sus aspiraciones, la estructura social de cada país ha sido modificada por las políticas públicas progresistas, ha habido movilidad social. Pero, a veces, el progresismo no ha captado a cabalidad esta modificación de la subjetividad aspiracional de la nueva composición de las clases sociales.

Por supuesto, Bolivia es un ejemplo paradigmático de la inevitable reacción anti igualitarista de las viejas clases medias y ricas, es decir, las luchas por la igualdad siempre tienen un costo, y un gobierno progresista tiene que saber entender los costos de su lucha por la igualdad. El golpe de Estado en Bolivia fue un golpe de Estado contra la igualdad, fue un Estado promocionado por una elite empresarial que había perdido el control de privilegios apoyada por algunos sectores medios que habían visto emerger a la clase media nueva a indígenas, a obreros, a gente anteriormente humilde. Ver a la empleada del hogar convertida en ministra, ver al zapatero o al campesino que producía el alimento en la casa convertido, ahora, en gerente de empresa o en diputado... Te soportan un mes, un año, cinco años pero no diez años. Les parece que es una ofensa al orden moral de pocos privilegiados y muchos trabajando para ellos. Hay siempre un costo político y social de las luchas por la igualdad y todo gobierno progresista tiene que estar atento a eso.

Y, por supuesto, con excepción de algunos países el dinamismo del ciclo económico de la primera fase –es decir, el modelo de acumulación de riquezas de la primera oleada– entró en un momento de declive y las tasas de crecimiento, en una parte importante de los países de América Latina a partir del año 2015, comenzaron a no ser tan elevadas, como del 5% o 6% sino que cayeron al 3% o al 2%. Y claro, mientras América Latina se embarcaba a la búsqueda de un modelo alternativo post neoliberal, el mundo no acompañó a América Latina a diferencia de lo que sucede ahora que también están debatiendo estos temas entre el año 2005, 2007, 2008, 2010, 2012, 2014 y 2015 el mundo no acompañaba lo que pasaba en América Latina.

Los latinoamericanos tuvimos la dignidad histórica de iniciar el post neoliberalismo, pero tuvimos la desdicha de hacerlo solos y esto, evidentemente, puso límites a nuestras posibilidades de avanzar más

Los nuevos proyectos de la segunda oleada progresista son portadores de iniciativas administrativas y defensivas de lo popular, no se plantean construir una nueva economía, un nuevo Estado y una nueva sociedad.

radicalmente en afianzar el modelo económico y en potenciar la redistribución de la riqueza. Hoy estamos ante una segunda oleada progresista, pero que no es la repetición de la primera oleada. La segunda oleada progresista tiene otras características que es importante mencionarlas rápidamente: la primera característica de esta segunda oleada progresista es que no es fruto –a diferencia de la primera oleada– de grandes movilizaciones o insurrecciones sociales. Resultan, ante todo, de una recuperación democrática electoral de derechos a diferencia de la primera que fue ante todo una conquista plebeya de derechos luego consagrada y ampliada electoralmente.

Una segunda característica es que estamos, necesariamente, ante liderazgos administrativos no carismáticos, no hay una relación de efervescencia emotiva de la sociedad popular con sus líderes y eso, sin duda, también va a afectar las propias audacias a las que la sociedad pueda empujar a sus líderes y a las que sus líderes se animan a avanzar. Vienen a administrar las instituciones del Estado de mejor forma y a favor de la sociedad laboriosa de los trabajadores. A diferencia de la primera oleada donde los líderes vinieron a crear instituciones no a administrarlas, a crearlas en función de las expectativas populares.

Los nuevos proyectos de la segunda oleada progresista son portadores de iniciativas administrativas y defensivas de lo popular, no se plantean construir una nueva economía, un nuevo Estado y una nueva sociedad sino para el asalto neoliberal de los recursos públicos o dar continuidad a lo realizado en la primera oleada. Vienen a restablecer derechos y a potenciar los que fueron conculcados en los últimos años.

Una cuarta característica de esta nueva oleada progresista es que tienen al frente a un partido conservador, a una fuerza conservadora opositora... fuerzas opositoras, reaccionarias en sus objetivos, renovadas en sus métodos de acción y de lucha y enfurecida en sus convicciones, este es una característica distinta que no enfrentamos en la primera oleada, reaccionarios, renovados en métodos y enfurecidos en sus convicciones. Ya no están política ni moralmente derrotados como a inicios del siglo 21 donde seguían existiendo pero moralmente habían sido derrotados por las grandes sublevaciones y las victorias electorales potentes del progresismo. Hoy el progresismo ocupa las calles, ocupa las redes, levanta banderas de irreverencia, se presenta como rebelde ante la juventud. Ha cobrado fuerza encostrándose y radicalizándose.

La fuerza conservadora latinoamericana hoy es profundamente autoritaria, no simula un fervor democrático. Se muestra autoritaria en las soluciones de fuerza para dar orden, para dar estabilidad, para poner en regla a los revoltosos, para restablecer la autoridad de la familia. Se presentan

Las nuevas derechas no ofrecen un horizonte cargado de optimismo y seducción sino una revancha contra los igualados.

abiertamente autoritarios en el ámbito de la vida cotidiana y en el ámbito de las soluciones públicas. Son profundamente anti-feministas, les parece una ofensa de avance de los derechos de las mujeres y son, por supuesto, anti-indígenas, los califican de salvajes, de raza maldita... anti-progresistas y anti-Estado. Temerosos de perder sus privilegios, rabiosos y odiadores por haberlos perdido son una fuerza melancólica de un orden moral del mundo desquiciado por la irrupción de la plebe, de lo popular en la conducción de los asuntos públicos. Las nuevas derechas no ofrecen un horizonte cargado de optimismo y seducción sino una revancha contra los igualados. Son la expresión de un mundo depresivo que busca en el escarmiento del otro –el extranjero, el indígena, el progresista, el comunista o cualquier otro nombre que se inventen–, la expiación de sus angustias por un orden moral neoliberal que se cae lentamente a pedazos.

Su programa económico es un recalentado del fallido programa de los años 90 de privatizaciones y de libre mercado, no hay nada nuevo en su programa económico, es lo mismo que se vivió hace 20 o 30 años, pero que alguna generación contemporánea no conoció lo que pasó hace 20 años o se olvidó. Son fósiles vivientes que se creen cruzados de una guerra santa contra los populismos, los indígenas salvajes, los comunistas, y aunque solo sean un aullido adelantado de un fracaso histórico, como fueron todas las cruzadas, son peligrosos porque quieren arrasar con todo vestigio de lo nacional, de lo popular, de lo indígena, para que éste no pueda prosperar por décadas.

Una quinta característica de esta segunda oleada progresista es que está enfrentando las consecuencias del primer encierro y colapso planetario sin precedentes en nuestra historia económica mundial. Durante tres meses en el mundo entero, y en otros países cuatro, cinco, seis y hasta siete meses, se paralizó la economía, se paralizaron los contactos sociales, los flujos de transporte. El mundo decreció al menos un 4%, en el año 2020. América Latina al menos 7.4%.

En América Latina han surgido 22 nuevos millones de pobres, 8 millones de nuevos extremadamente pobres, la pandemia ha matado a 5 millones de personas, 1.5 en América Latina. Esto ha desbaratado todos los cálculos y previsiones previas de política económica progresista y de toda la política económica –incluso no progresista– en el mundo entero. Las respuestas que se tenían ya no corresponden a las preguntas que la gente hoy se hace a partir de esta gran crisis planetaria.

Una sexta característica de esta segunda oleada es la presencia de una nueva subjetividad social caracterizada por la incertidumbre ante el futuro, miedo al presente y parálisis del horizonte predictivo. Nadie puede en lo subjetivo planificar qué va a pasar de aquí a cinco años. Nuestro horizonte se mueve por meses exageradamente, a veces por semanas, porque no podemos saber

qué irá a pasar: ¿Habrá otra pandemia? ¿Nos encerraremos? ¿Seguiré teniendo trabajo? ¿Lo perderé? El mundo se presenta, en el mundo entero y en América Latina y en el progresismo también, como un mundo marcado por una terrible y profunda incertidumbre.

La crisis del 2020 ha movido todas las respuestas. Entonces, tenemos proyectos y liderazgos progresistas de esta segunda ola para una gestión de rutina que tenía que haber continuado con la primera ola pero los tiempos han cambiado, los tiempos hoy se han vuelto excepcionales por su incertidumbre.

¿Qué hacer frente a él? Es importante tener en cuenta que estos tiempos de incertidumbre tienen dos fases que yo, en otra charla, denominé “un tiempo liminal”: ¿qué características tiene este tiempo y esta subjetividad del presente?

Muere un horizonte de época larga pero nace uno nuevo, nos paralizamos en medio de un estupor colectivo de no saber por dónde ir, tiempo suspendido en medio de una vorágine de sucesos sin destino. Cada día sucede algo nuevo pero no tenemos la capacidad de eslabonarlos hacia un lugar. No es que no suceden cosas, suceden pero suceden como caos no como concatenación hacia un lugar donde imaginamos habremos de llegar. Tiempos de victorias cortas, tiempo de derrotas cortas, ésta es la primera fase y, luego, más pronto que tarde en esta década que viene no sabemos cuándo.

En esta década habrá de venir una segunda fase de este tiempo liminal. Al estupor y al desencanto ha de surgir, más pronto que tarde, una disponibilidad social a nuevas creencias, una apertura cognitiva popular a nuevos sentidos comunes, a nuevas iniciativas. Una voluntad de certidumbre estratégica donde se va a dirimir el núcleo organizativo, técnico, económico, lógico y moral del nuevo orden social, que durará y regulará el curso de la historia de los siguientes 20 o 30 años.

Pero hoy no estamos ahí, hoy estamos en el tiempo del estupor y en algún rato pasaremos al tiempo de la disponibilidad colectiva. Es en estos años, será en esta década. Este tiempo actual es, pues, el tiempo donde se ensayan a pequeña escala las tendencias que luchan, que pugnan por ser. Las que, llegado el momento de la segunda fase liminal, conducirán y producirán el nuevo horizonte de época de la economía y la política planetaria. Y como siempre en estos casos hay dos tendencias generales que disputan y disputarán en los siguientes años el monopolio de las esperanzas realizables e imaginadas de la sociedad: la tendencia que ve el mundo desde la gran propiedad, la desigualdad y los privilegios de pocos y la tendencia que ve el mundo desde el trabajo, la igualdad, la justicia, lo popular, lo indígena. Y, en ambos casos, de esas dos grandes tendencias –que pugnan y habrán de pugnar en los siguientes años por cual se impone– surgen varias micro

propuestas, ninguna de ellas con la suficiente fuerza de dominar al resto: un neoliberalismo meritocrático enfurecido; un capitalismo político según lo que dice el profesor Milanovic, con planificación y partido único al estilo de China; un nuevo Estado de Bienestar verde como está intentando hacerlo Biden y, a su modo, en el debate de Alemania y Francia, un progresismo de segunda generación o nuevas formas de socialismo democrático.

Lo que hay de estas opciones son meras experiencias de laboratorio sin capacidad de irradiación, ni de imposición de una sobre otra. Están en pugna y entrarán más en pugna en los siguientes meses y en los siguientes años.

El progresismo continental, para seguir siendo progresista, para no ser derrotado y para pugnar por la dirección del sentido de la historia que habrá de definirse en esta década necesita pasar a una segunda fase que renueve su proyecto de sociedad. Necesita reinventarse y volver a enamorar a la mayor parte de la sociedad con lo que podríamos denominar una segunda generación de reformas progresistas continentales, que permita proyectar tasas de crecimiento económico sostenidas, ampliar derechos de los sectores más pobres, redistribuir más riqueza, generar empleo para la juventud; recuperar el optimismo histórico y popular hacia un futuro definido con claridad, con precisión, que haga sentir a la sociedad que hacia allí vamos y que haga soñar a la sociedad que vamos a lograr ese objetivo.

Desde la sociedad, desde el descontento y el debate colectivo ya vienen emergiendo múltiples propuestas de lo que podría ser las reformas de segunda generación. Menciono solamente los subtítulos de algunas: una oda a la reforma tributaria que afecte a las mayores fortunas de manera extraordinaria, a la herencia de los multimillonarios, a la banca. Una repatriación obligatoria de las ganancias de paraísos fiscales –según un investigador que trabaja con Piketty 180 mil millones de dólares solamente existen en la banca suiza, 180 mil millones de dólares de los latinoamericanos– ¿Qué habrá en otros paraísos fiscales de Estados Unidos o de las Bahamas? No lo sabemos. Una reconversión energética que permita establecer un programa de mantención sostenible con mitigación ambiental de nuestra producción hidrocarbúrfica pero, a la vez, una utilización de energías alternativas, del litio para promover planes de industrialización local, de reconversión energética de nuestro parque automotor, etc. etc. etc. Aprovechamiento estatal del nuevo ciclo de los *commodities*. El petróleo, en 2020, se ha movido entre 60 dólares a 80, la soja ha pasado de 200 ó 250 dólares la tonelada a 600 ó 550 dólares, el cobre, el zinc. Hay un nuevo microciclo de altos precios de materias primas de lo que producimos los latinoamericanos. El Estado también tiene que aprovechar eso, no puede ser que los precios solamente favorezcan al sector privado sino al sector privado y, en particular, al Estado para que pueda redistribuirlo, generando empleo

Al estupor y desaliento colectivo le ha de seguir más pronto que tarde la apertura cognitiva y la disponibilidad social a revocar creencias.

para la juventud.

Un protagonismo estatal en la economía digital financiando, subvencionando pero también él produciendo mercados regionales de sectores industriales. Reducir la pobreza a un solo dígito en el continente como una gran meta para fin de esta década, etc. etc. etc.

En todo caso, los gobiernos progresistas están obligados –por las circunstancias extraordinarias– a lanzar flechas de futuro que vayan prefigurando no solo un horizonte de mayor justicia social sino además que vayan ensamblando las expectativas y esperanzas colectivas en torno a la misión de la igualdad, en torno a la misión de la justicia, en torno a la misión del empleo. Si no lo hacemos los progresistas, los sectores conservadores van a intentar hacerlo pero, obviamente, para salir favorecidos solamente en pequeñas elites. Ya sabemos lo que ellos ofrecen “riqueza para pocos y pobreza para muchos” pero se presentan como renovadores, se presentan como portadores de esperanza, nadie puede vivir indefinidamente en incertidumbre, hay que producir certidumbre.

Los seres humanos somos seres de creencias fundamentalmente y la política es la administración de las creencias de una sociedad. Al estupor y desaliento colectivo le ha de seguir más pronto que tarde la apertura cognitiva y la disponibilidad social a revocar creencias y eso será esta década. De lo que hagamos ahora, estos años, y cómo incidamos en ese momento de apertura cognitiva dependerá de lo que como sociedad continental y mundial cristalizará como nuevo ciclo económico y político de largo plazo.

Por eso, los líderes y las sociedades que impulsan los proyectos populares deben reinventar una y otra vez futuros de igualdad y bienestar posibles remontando derrotas parciales de corto aliento y no contentándose con victorias que, a lo largo de esta década de transición, solo serán temporales y de corto aliento en tanto no se definan y se expandan a nivel mundial las grandes victorias. Y, en particular, les toca a las nuevas generaciones de jóvenes de activistas, de líderes sociales, de estudiantes, de intelectuales, de profesionales, de trabajadores asumir con audacia el espíritu de esta época incierta que es el espacio donde se va a dirimir la futura certidumbre de la época a construir.

Y en estos tiempos con estas características hay que estar dispuestos arder como estrellas cósmicas que en medio del vacío y de la oscuridad alumbren el porvenir, si no... ¿para qué entonces la vida?

***Fabian Alejandro Calderón**

Argentino. Docente de la Universidad Nacional de La Rioja (UNLaR). Rector Mandato vencido (2013-2021 UNLaR).

